

PROLOGO AL LIBRO «Sucedio en la frontera» DE LEONARDO CHIRIBOGA

Benjamín Carrión

Malos días habían amanecido para esta buena Patria. Malos días, desde aquel fatidico en que, rompiendo el vínculo jurídico de convivencia política y social, una fracción eternamente logrera, realizaba uno de los más desvergonzados atracos al Poder que registra nuestra historia. La Asamblea Constituyente de 1938 fue disuelta, después de aprovechar de ella, todo lo que su ingenua improvisación podía dar: una elección presidencial.

Tumbo tras tumbo, como piedra lanzada hacia el abismo, esta buena patria nuestra iba estrellándose con todos los desastres. En 1939, el fraude electoral más repugnante e inverecundo, llevó al empleo de Presidente de la República, al hombre que, con razón o sin ella, había superado todos los extremos de impopularidad hasta entonces conocidos. Y hubo duelos y sangre en esa inicial tenebrosa del 12 de enero, como partida bautismal del régimen que, haciendo derroches increíbles de misericordia, anheláramos se borrara de la historia nacional, para que el nombre de la Patria siga como hasta entonces, sin mancha ni vergüenza.

El problema de las fronteras de la Patria, el más árduo y difícil de nuestra historia independiente, había llegado a un callejón sin salida. Y nuestra lloriquenta Cancillería, olvidando aquello, tan español y tan castizo de:

“A Dios rogando
y con el mazo dando ...”

se iba en preces y regativas, sin hallar caminos de justicia y cordialidad, altivos y dignos que, si no podían conducir a un arreglo por intransigencias del adversario ensobrecido por la seguridad de nuestra inepticia - por lo menos hubieran salvado eso que es tanto o más valioso que el territorio de la Patria: el decoro y la dignidad de la Patria, el mito heroico de la Patria. Las Patrias pueden vivir hasta sin territorio: allí esta la Polonia valiente de Kosciuztko en el siglo pasado y en el actual. La Yugoslavia de Tito. La Grecia heroica de los tiempos modernos, que repitió la hazaña de Salaminay las Termópilas ...

Y el Ecuador, nuestra tierra. Y el Ecuador, glorioso en cien batallas independizadoras, hasta Tarqui. Y el Ecuador, temario y valiente, hasta en nuestras guerras fraternas, como en Miñarica, como en Huigra, Naranjito, y Yaguachi ... Ese Ecuador nuestro, fue conducido a la claudicación sin defensa, a la vergüenza inmerecida y, en lugar de morir “al aire libre y con el arma al brazo”, según el testamento sagrado del gran Clérigo, perdió su territorio, su limpieza histórica, su porvenir, en una pobre, en una miseranda encrucijada diplomática.

Enredado entre “los hilos de la diplomacia”, perdió el Ecuador lo mejor de sí mismo. Una Cancillería de pasitos cortos y sonrisillas lacrimantes, servida por una inverosímil cortedad mental, consumó el sainete, hilarante para América, trágico para nosotros, de la suscripción de un “Protocolo” (sic) en el que todo es oscuro, menos la claridad vergonzosa de la claudicación oficial del Ecuador ...

Durante toda esta época de pesadilla -que quisieramos borrar de los anales patrios- cumplían oscuramente, heroicamente, su deber, un puñado épico de soldados del Ecuador, mal equipados, en un abandono clamoroso, víctimas de un Comando central desorientado, y de una dirección política que, traspasando las fronteras de la ineptia, nos hace pensar en algo inconfesable y oscuro ... , que los hombres de hoy y de mañana tienen el dramático deber de esclarecer ...

Era en la frontera sur-occidental de Zarumilla, en la tórrida y húmeda zona costanera, y era en el Oriente que perdimos ...

Es en la frontera litoral - allí donde se prendió la llama del conflicto- donde Leonardo Chiriboga Ordoñez sitúa la acción de sus relatos. De estos relatos que, para andar vivos por el mundo, por nuestro mundo escarnecido y doloroso de patria, no necesitan presentación de nadie, porque ellos solos, por la vigorosa potencia de su autor, y por su desnuda y sangrante verdad, tienen fuerza vital bastante, para deambular por los caminos del hombre, acusadores y terribles, como la sombra del Rey Hamlet, clamando a sus hijos: venganza! ...

Leonardo Chiriboga, es un noble y valeroso oficial del Ejército del Ecuador. Con la espada y la pluma ha servido eficaz y valientemente a su patria. Hombre joven, constantemente preocupado por la suerte de su tierra, ha querido por todos los medios a su alcance, ennoblecer y perfeccionar la Institución Armada, para que sea efectivamente lo que ha debido ser: guardiana de la casa de los ecuatorianos, defensora de su dignidad y de su vida.

A ese noble empeño ha consagrado su vida: por el Ejército, para la Patria. Y es por ello que, tan en carne viva ha sentido todo el drama de la imprevisión, del desacierto, del "que -me- importismo" que nos condujo derechamente hacia el desastre.

Pero Chiriboga, que tanto sabe y tanto puede, para ser uno de los acusadores más terribles de los causantes del escarnio de la Patria, se reserva ese derecho irrenunciable para mejores tiempos. Hoy le basta con lanzar a la faz del Ecuador estos relatos que son, en el fondo, un im- placable "J'ACUSSE", que restallará como látigo en los lomos de los responsables.

Al leerlos, es imposible no recordar - por transposición de ambiente - "La Vie des Martires" de Duhamel, o ese retazo de tragedia que es "Le Feu", de Henry Barbusse: diario de una escuadra, en el que se ven desfilar los amores y los odios, las pequeñas alegrías y las dulces esperanzas, de los hombres que viven teniendo por almohada a la muerte, en la sucia y desamparada desesperación de la trinchera.

Pocas veces nos ha sido dable leer, en nuestra literatura moderna, tan rica en vitalidad y fuerza humanas, páginas de tanto verismo doloroso, relatadas con tan sencilla y tan pulcra manera. El autor hace de su pluma una espada: es tanjante y mortal, huye del floreo inútil, de la adjetivación de la tragedia, del palabreo inconsciente. Relata escuetamente, como en los tiempos del "Ramayana", los días y las horas de unos hombres frente a la naturaleza inhospitalaria, frente a un enemigo astuto, sin respaldo alguno de quienes tenían obligación sagrada de prestarlo. Diálogo sencillo con la miseria, con el amor, con el sexo y con la muerte, cotidianamente repetido, mientras que la voz que dialoga no ha sido cortada por el cuchillo de viento de una ametralladora ...

La alegría frente al dolor, el dicharacho en presencia de la muerte, la esperanza vital en las vísperas de la partida sin regreso. Todo eso que es el hombre, cuando se halla junto a la fuerza de santificación y depuración, que es la convivencia familiar con la muerte. Hay escenas tan logradas, en su transparencia humana, que nos sobrecogen de pavora, al verlas reconstruidas tan fielmente por la fuerza animadora de Chiriboga Ordoñez.

De la lectura de ese libro-libro cruel y doloroso- se sale reconfortados, por la esperanza y por la rabia. La esperanza, en ese elemento humano tan sano y robusto, tan aprovechable. La rabia, contra los que lo sacrificaron.

Ya tenemos el primer libro sobre la verdad antecedente a la tragedia nacional. Y es un libro bello y fuerte. El mismo Mayor Chiriboga, cuya potencia de escritor ha sido demostrada ampliamente, cuya garra de descriptor veraz nos ha sido comprobada, ha contraído un compromiso de belleza y verdad, que no puede eludir: el de contarnos más, cada vez más, sobre las causas que él conoce, del descalabro nacional. Para tratar de evitarlas en lo futuro; para enderezar todas nuestras fuerzas de hombres y pueblo, a enderezar nuestro descaminamiento.

Como alguien lo dijera ya: este no sólo es un buen libro, es una buena acción.

